

complejidad, la que posibilita el uso de documentación histórica, muchas veces considerada irrelevante por los estudios androcéntricos, contaminada de la subalternidad de sus protagonistas, y la que permite un trabajo colaborativo, como el de este libro, que nos conecta con las experiencias individuales y colectivas de las mujeres que nos precedieron en la disidencia.

Pura Sánchez  
*Investigadora y escritora*

Verónica Sierra Blas, *Cartas presas. La correspondencia carcelaria en la Guerra Civil y el Franquismo*, Marcial Pons, Madrid, 2016, pp. 361.

Mucho está cambiando el panorama de los estudios históricos sobre la Guerra Civil y el franquismo. Constantemente surgen trabajos que añaden nuevas miradas, con nuevas catas en la documentación conservada –pese a que la política institucional para con los archivos públicos continúa presidida por la mayor desidia, una realidad, ésta sí, impermeable al cambio– y nuevas interpretaciones. Casi pareciera como si tras la eclosión a principios de este siglo de estudios diversos sobre la temática, consecuencia necesaria y deseable de situaciones anteriores, el nuevo paisaje historiográfico se estuviera ampliando y enriqueciendo mediante una complejidad liberada ya de sesgos ideológicos o partidarios más o menos sutiles, de planteamientos excesivamente simplistas. O de connotaciones abiertamente vindicativas –en la acepción latina de “reclamación”, más que de “venganza”– que, aunque necesarias, han venido pesando quizá excesivamente, si no so-

bre los métodos o los resultados, sí sobre los temas de estudio elegidos.

¿Otro libro sobre la guerra civil y el franquismo? ¿No se ha estudiado ya todo, o prácticamente todo, sobre estos temas? Algunos así parecen afirmarlo. Recientemente nos recordaba, sin embargo, José Luis Ledesma que la pregunta era absurda, por la impertinencia de la premisa: la de que una generación determinada de historiadores haya podido agotar el tema. Decía Ledesma que cada nueva generación de historiadores produce su propio proyecto interpretativo propio y distinto, necesariamente construido a partir de los anteriores. Cada generación aporta una nueva mirada que “ve cosas” que no se habían visto antes, como la que propone Verónica Sierra en su libro *Cartas Presas*: para el caso, una historia social de la cultura escrita de raíz popular de los presos y presas (y sus familias) de la guerra civil y de la dictadura.

Es en este marco de estudios particular donde se inserta *Cartas presas*: al lado de los nuevos trabajos de historia social y cultural sobre “violencia política”, “control social” o “resistencias” a la dictadura; de los estudios de todo tipo sobre las políticas del franquismo –proaganda, adoctrinamiento, cárceles y campos, trabajo forzado, patrimonio simbólico y memorial, política reconstructiva–; o de los trabajos de enfoque feminista sobre identidades de género y culturas políticas durante la República y la dictadura, para no hablar de los estudios culturales sobre la literatura carcelaria antifranquista o las aportaciones de la arqueología fruto de las campañas de la última década (véase al respecto la excelente síntesis de González Ruibal, 2016). Y todo ello aderezado con el recurso a las fuentes orales y a fuentes escritas hasta ahora cerradas o poco trabajadas, o incluso tradicionalmente ninguneadas en este país, como la

correspondencia carcelaria precariamente conservada de este periodo, en la que de manera fundamental se apoya este libro.

*Cartas Presas* viene a ser la culminación de los estudios sobre Historia Social de la Cultura Escrita que Verónica Sierra ha venido emprendiendo desde hace más de una década, con especial atención a la producción epistolar. La autora se inserta en la tradición ya asentada de esta disciplina en España –tan deudora de autores franceses e italianos, como Chartier y Petrucci– y muy concretamente en la universidad a la que pertenece, la de Alcalá de Henares, con la creación del grupo LEA (Lectura, Escritura y Alfabetización)–SIECE (Seminario Interdisciplinar de Estudios sobre la Cultura Escrita), gracias al decisivo impulso de Antonio Castillo Gómez, su actual presidente. De la riqueza metodológica de esta tradición da buena cuenta la variedad de disciplinas implicadas: la Antropología, la Literatura, la Lingüística, la Sociología o la Historia de la Educación, entre otras.

Una historia “desde abajo y desde dentro” (p. 19) del fenómeno represivo español durante la guerra y la dictadura, mediante el estudio de los usos y funciones de la escritura en reclusión: esa es la nueva mirada que aporta la autora a la batería de trabajos existentes sobre el tema, a partir del análisis de los documentos epistolares producidos por los propios presos y presas durante y después de su cautiverio. Unos documentos que, al mismo tiempo, constituyen fuentes cuya importancia se halla en proporción inversa al desprecio –oficial– que tradicionalmente han sufrido y siguen sufriendo como documentos de archivo. Una de aquellas “cosas” que antes no se veían –en el campo de los estudios concretos sobre la represión franquista, que no en otros– y que solo ahora resultan visibles, y

relevantes, gracias en buena medida al presente trabajo.

El libro se estructura en cuatro capítulos, tras una introducción dedicada a asentar las premisas metodológicas y justificar el ámbito de estudio: aquellas “huellas de la gente común”, tenidas durante demasiado tiempo como “algo anecdótico, tangencial o incluso exótico en el ámbito académico” (p. 20): para el caso, las escrituras personales –que no producciones literarias, tan ricas en las cárceles de todo tiempo y lugar– generadas en prisión durante el periodo de la guerra civil y parte de la época franquista. El objetivo es ambicioso, pero la cata documental que realiza la autora es extensa: unas 1.500 cartas y numerosos documentos oficiales y personales procedentes de una gran variedad de fondos: desde las misivas de 1936–1937 interceptadas por las autoridades de diferentes prisiones –las del penal de El Dueso, depositadas en el CMDH– hasta las conservadas en la Causa General, también de tiempo de guerra, pasando por las contenidas en los expedientes de guerra depositados en el Archivo Militar de Guadalajara. No debe escaparse la gran cantidad de archivos consultados, aparte los mencionados: de alcance local y municipal muchos de ellos, pero, sobre todo, los jóvenes archivos de escrituras populares y las numerosas colecciones particulares.

Es de ese modo que la cata realizada por la autora, lejos de agotarse en los conjuntos epistolares extraídos de los archivos públicos, se adentra –y este es uno de los mayores méritos del estudio, por la complejidad de la labor– en los numerosos archivos personales, a través de la consulta de colecciones epistolares particulares, rastreando al mismo tiempo toda clase de cartas recogidas en diarios publicados o no, en autobiografías y en memorias carcelarias. La autora aprovecha para recordarnos, por cierto, el

origen –y el destino– opuesto de unas y de otras misivas: las depositadas en los archivos públicos oficiales y aquellas otras conservadas en los privados, en muchos casos reproducidas en obras de vocación testimonial, de memorialismo militante. Las primeras se conservaron –no siempre– precisamente porque fueron interceptadas y no llegaron nunca a su destino, mientras que las segundas sí que lo consiguieron. Aunque el problema de estas últimas ha sido otro: el de trascender el ámbito privado para pasar al público, en algunas ocasiones mediante su publicación en lo que la autora, con gran acierto, ha denominado “libros-archivo”, promovidos muchos de ellos de manera militante por colectivos ciudadanos ya en democracia,.

Se ocupa el primer capítulo –“Escrito en prisión”– de bosquejar el complejo panorama de las escrituras personales del medio carcelario, que abarcan modalidades tan diversas como los diarios o memorias de cárcel, los avals y las denuncias, las cartas de súplica, los periódicos y boletines clandestinos manuscritos o los grafitos, terreno este último abordado también desde la arqueología, como parte de esa reciente hornada de estudios a los que me refería más arriba. No es ociosa la reflexión que hace aquí la autora sobre la escasez de escritos personales conservados en archivos públicos, tal que los carcelarios, en comparación con la documentación oficial (también, por cierto, precariamente conservada o incluso desaparecida). Los escritos personales, cuando se han conservado en archivos oficiales, lo han sido siempre en función de su utilidad para fines represivos, como en el caso de aquellas cartas escritas por presos a sus familias que jamás llegaron a su destino por haber sido interceptadas y utilizadas a veces en su contra. De ahí precisamente la importancia otorgada a los archivos y co-

lecciones privadas, verdaderos depositarios de esa “cotidianidad” vivida por los presos y presas de la que la documentación oficial generada por la cárcel –la “máquina grafómana”, siguiendo a Artières– nos da cuenta escasa, falsa o incluso nula.

Escritura del poder –la “máquina grafómana” de la institución carcelaria– y escritura contra el poder en forma de diarios, memorias y boletines clandestinos como forma de supervivencia individual y colectiva, de escape al orden impuesto: ese es el paisaje gráfico general explorado por la autora, en la que los ejemplos mixtos o mestizos son múltiples, como aquellas “memorias impuestas”, habituales en los campos de clasificación y concentración y en los batallones disciplinarios de soldados trabajadores durante la guerra y la posguerra –que no en las cárceles– donde los prisioneros se veían obligados a redactar curiosas “autobiografías”, un fondo documental poco explorado y de grandes posibilidades, uno de los muchos apuntados por la autora.

La escritura estrictamente epistolar concentra los tres capítulos siguientes y centrales del libro, en sus diversas modalidades, analizando siempre las condiciones de producción, envío y recepción, mediatizadas por censuras y normativas, burladas o no: la red de relaciones, en suma, que unía a emisores y receptores en verdaderas comunidades lecto-escritoras que trascendían los muros de la cárcel, del campo de concentración o del batallón de trabajo forzado. La autora utiliza con gran aprovechamiento sus conocimientos sobre su campo especializado de estudio, la Historia social de la Cultura Escrita: los manuales epistolares y su huella en las cartas conservadas; las “escrituras populares” tan contagiadas por la cultura oral; o los propios conceptos de “comunidad epistolar”, “comunidad de

escribientes” o “microcosmos gráfico” (Petrucchi).

La aplicación al ámbito de la prisión de este último concepto, entendido como “lugar privilegiado de producción, uso y conservación de la escritura”, queda perfectamente justificada y abre un nuevo horizonte interpretativo en los estudios carcelarios. Concretamente en el segundo capítulo –“¿Cartas cautivas?”– se aplican asimismo conceptos ya clásicos de la historia epistolar como los de “delegación gráfica” o “escritores vicarios” –aquellos individuos que de manera oficial o informal redactaban por encargo cartas dictadas por otros que carecían de las condiciones para hacerlo– cuyo abordaje en el libro, debido precisamente a su gran riqueza de posibilidades, nos sabe a poco. Darían seguro para una monografía específica que me permito sugerir aquí, si pensamos en la tradición solidaria de tantos presos y presas políticas de redactar cartas para sus compañeros iletrados de prisión –generalmente presos comunes– durante la época que nos ocupa, o en casos históricos muy concretos pero que generaron una gran actividad gráfica de esta clase en manos femeninas, como la llamada “oficina de penadas” creada en la cárcel de Ventas (1939–1940) gracias al impulso de la dirigente comunista Matilde Landa Vaz (Ginard).

Precisamente la aplicación del concepto de “comunidad epistolar” al análisis de numerosos casos mueve a la autora a sugerir la hipótesis más que plausible de que las cartas de la cárcel fueran “leídas de forma colectiva tanto en los domicilios particulares como en los patios y celdas de las prisiones” (p. 151), al igual que ocurría con los boletines manuscritos elaborados de manera clandestina por por las organizaciones políticas en el interior de la prisión. Desde un punto de vista no ya histórico,

sino sociológico o antropológico, ese enfoque presidido por lo “colectivo” (familias, comunidades, redes) recuerda asimismo aquella tradición reflexiva que ha venido priorizando el concepto de “memoria colectiva” –siguiendo la línea de pensamiento de un Halbwachs– al de “memoria individual”, tan defendido en el reciente debate sobre el tan traído y llevado concepto de “memoria histórica” (Juliá, Moradiellos). Hablamos aquí de comunidades epistolares que han construido precisamente una memoria colectiva a través del tiempo, en la que se mezclan, fusionan y acaban por diluirse esas presuntas memorias “individuales” que, en la práctica, solo tienen existencia en un análisis asépticamente descontextualizado.

El tercer capítulo –“Suplicar o morir”– está dedicado a una tipología de cartas a caballo entre lo público y lo privado: las cartas de súplica a las autoridades por parte de los presos y sus familias en demanda de todo tipo de favores o reconocimiento de derechos. Su análisis se inserta en una larga tradición de estudios, la de las *lettere ai potenti*, aplicados a casos de todo tiempo y lugar, con las connotaciones clásicas de una “escritura habitualmente empleada por la gente sin historia para hacer sentir su propia voz” (Gibelli, p. 164), con mayor motivo al tratarse del estudio específico de la población carcelaria de la guerra civil y el franquismo. La autora defiende el carácter mestizo de esta modalidad de cartas, a caballo entre la “retórica de la sumisión” –evidenciada en las fórmulas y reglamentaciones formales de esta clase de escritura– y su funcionalidad como medio –a veces único– de expresión por parte del preso –o familiar de preso– peticionario. El asunto poco estudiado de los delegados gráficos, profesionales –secretarios de prisiones o juzgados– o no –compañeros de cautiverio–

rio- asoma también en esta modalidad de escritura, junto con campos de estudio igualmente vírgenes como la participación femenina en la misma -escritura, envío, mediación, recepción- de gran importancia a juzgar por los resultados de algunas catas documentales.

Como intercesoras de esta clase de cartas, la autora sí que se ocupa de subrayar un “mayor protagonismo” de las mujeres en esta actividad -esposas o familiares de los presos o prisioneros- que necesariamente había de convivir con las cargas de trabajo en el hogar y la familia -en las difíciles condiciones de la posguerra- o con la asunción de nuevas responsabilidades laborales tras la desaparición de sus hombres. Ilustrándolo con evidencias documentales, se resalta así que...

*“Las mujeres de las familias de los presos y presas gestionaron en todo momento sus necesidades y lucharon sin descanso, fundamentalmente por medio de la escritura, para detener ejecuciones inminentes, pedir la reducción de las penas, conseguir abogados defensores competentes, (...) y solucionar determinados problemas o preocupaciones que los presos y presas pudieran tener o lograr algún trato de favor”* (p. 196).

Una importante actividad femenina que engarza con otros trabajos -como los de las “mujeres de preso”, de Irene Abad- pero que sigue reclamando a gritos, insistimos, investigaciones que se ocupen de todo ese mundo de “cartas de súplica” escritas por mujeres, en el marco de la labor asistencial femenina de atención a presos y presas, plasmada en la escritura de misivas de toda clase, en las visitas, en la ayuda material y moral de todo tipo, incluida la actividad y propaganda política. Una labor que, lejos de terminar con la ejecución del familiar varón, se prolongaba aún más allá en aquellas cartas enviadas para reclamar sus documentos y objetos, o indagar en las

causas de su muerte y el lugar de ejecución, con vistas a lograr la recuperación de sus cuerpos (p. 203). Ojalá el estado (malo) de conservación de esta clase de fondos -esas cartas anejas a los expedientes, tan expuestas al desdén y a la desidia oficial- pueda permitirlo.

El cuarto capítulo -“En capilla”- es sin duda el más estremecedor: el de las “escrituras últimas” (Petrucci) de los condenados o condenadas a muerte de la guerra civil y el franquismo. Una vez más la autora relaciona su análisis con aquellos otros que se han ocupado de la misma tipología de escritura pero referida a lugares y periodos históricos bien diversos, como los condenados por los tribunales revolucionarios en la Francia de 1793 o las cartas de despedida de los militantes de la Resistencia francesa sentenciados por el ocupante alemán. Su estudio se enfrenta aquí con especiales dificultades, debido a la absoluta falta de centros oficiales en España que custodien esta clase de documentos, lo que ha derivado en que la inmensa mayoría de los conservados se encuentren en manos particulares: un rasgo evidente, y así lo señala la autora (p. 217) de la inexistencia de “políticas públicas de la memoria” en este país, tan denunciada desde hace años (Vinyes, Sánchez León, etc.).

Precisamente esta realidad, con la supervivencia de lo que la autora denomina “libros-archivo” -libros fruto de actividades de memoria “militante” que se han ocupado de difundir documentos privados pero a la vez de importancia pública fundamental, los cuales, de otra manera, seguramente no habrían podido sobrevivir a la labor del tiempo- le da pie a internarse en la reflexión sobre los procesos de conservación de los mismos, al lado de los de su producción. Se apuntan aquí datos más que interesantes, como el empeño constatado de

conservación de las “cartas en capilla” por parte de los familiares de los condenados, tal y como se evidencia en las entrevistas realizadas por Corbalán Gil a los familiares de los fusilados en el Campo de la Bota barcelonés, 1939-1957. O, por poner otro ejemplo de naturaleza ideológica opuesta, la labor de conservación efectuada por los religiosos claretianos en Jaén o Barbastro de las “escrituras últimas” de sus compañeros, relevante documentación bien publicitada durante el franquismo y utilizada para su posterior beatificación (1992).

El propio caso de los 51 mártires de Barbastro del año 1936 ilustra la diferencia que separa a unos y otros ejercicios de memoria pública, o “panteones de papel”. Si el primero fue sostenido por la política oficial del franquismo y de la propia institución eclesiástica con la aparición de diversas publicaciones a partir de los años cincuenta y la creación incluso de un museo *ad hoc* en 1992, otros tuvieron que esperar hasta la Transición e incluso después para arrancar de manera mucho más modesta, protagonizados en exclusiva por iniciativas ciudadanas. Fue ese el caso de la Asociación de Viudas de los Defensores de la República y del Frente Popular en Asturias a partir de 1977, con la publicación en 1984 del “libro-memorial” *Fosa común del Cementerio Civil de Oviedo* –que en posteriores ediciones incluiría algunas cartas en capilla escritas en 1938–, o el de la Asociación Héroes de la República y la Libertad en Cantabria, con la publicación del libro *Rescatados del Olvido* (2003, 2004), que recogió más de cuarenta cartas en capilla.

Pero al margen de constatar estas diferencias en la conservación y, sobre todo, en la publicación de una documentación de carácter privado como la de las cartas en capilla, el mayor mérito de la autora de *Cartas presas* no es otro que la riguro-

sa aplicación del mismo análisis formal de metodología comparada a esta modalidad específica epistolar. Ideologías aparte, sean los condenados de derechas o de izquierdas, religiosos o no, sentenciados por las autoridades republicanas o por las franquistas, estas “escrituras últimas” reproducen un mismo patrón formal y de contenidos: la noticia de la sentencia; la función de consuelo a sus destinatarios; el alegato de defensa; la expresión ocasional del miedo, el lamento o la venganza; la proclamación de la inocencia o la afirmación en el instante supremo de las propias ideas, sean estas la libertad o la justicia, la patria o las creencias religiosas.

Al lado de este análisis formal y riguroso, la autora busca empatizar –y logra conmover con sus numerosos ejemplos de “cartas presas” por fin liberadas al mundo y a la historia, las que habían permanecido encerradas hasta ahora en los archivos o aisladas en una memoria estrictamente familiar– con aquella humanidad encerrada, y principalmente con aquellos condenados y condenadas que, gracias a la escritura, se “sintieron un poco menos solos en sus últimos instantes de vida” (p. 299), corsés ideológicos aparte. Es imposible no recordar aquí, en perfecta sintonía con este discurso explicitado en el epílogo del libro, el último poema del escritor Robert Brüllach, condenado a muerte en 1945 por su colaboración con los nazis, a partir de la contemplación de los grafitos inscritos en los muros de su última cárcel, con los nombres y mensajes de sus enemigos políticos:

*“Llegados de aquí, llegados de otras partes  
nuestros corazones no eran iguales,  
nos dijeron. ¿Hay que creerlo?  
¡Pero qué importa lo que fuimos!  
Nuestros rostros ahogados en la bruma,  
se parecen en la noche negra.  
Es en vosotros, hermanos desconocidos,*

*en quienes pienso, cuando cae la noche,  
¡Oh, mis fraternales adversarios!  
El ayer está próximo al hoy,  
a nuestro pesar estamos unidos  
por la esperanza y por la miseria.”*

Fernando Hernández Holgado  
*Universidad Complutense de Madrid*

José Luis Martín Ramos, *Territori capital. La guerra civil a Catalunya, 1937-1939*, Llibres de L'Avenç, Barcelona, 2015, 504 pp.

Quan vaig començar a llegir el darrer llibre que ha publicat José Luis Martín Ramos sobre la guerra civil a Catalunya, des del fets de maig de 1937 fins a la fi de la guerra (José Luis Martín Ramos, *Territori capital. La guerra civil a Catalunya, 1937-1939*. Llibres de L'Avenç, Barcelona, 2015), tenia la intuïció de que em trobava davant d'un llibre molt treballat, en el que darre- ra hi havia molta recerca i nombrosa feina d'arxiu, però davant del qual globalment em costaria estar-hi d'acord en tot allò que es refereix a les interpretacions de l'autor. No en va les vegades que hem coincidit en actes públics gairebé sempre hem discrepat en aspectes fonamentals i sovint ja he manifestat el meu desacord amb altres treballs –bàsicament centrats en la guerra civil– publicats per José Luis.

Dit això, caldria, en primera instància, destacar que ens trobem davant d'un llibre de gairebé cinc-centes pàgines que té com a objectiu centrar-se en un període relativament curt de temps –poc més d'un any i mig– que, com destaca el seu autor sovint ha estat passat per alt per la historiografia, com si la guerra civil a Catalunya, pràcticament, només hagués arribat fins el maig de 1937. José Luis Martín vol deixar clar que després dels fets de maig la vida política, social i econòmica en tots els seus aspectes,

que va viure Catalunya, va ser tant intensa com en el període anterior. I, certament, fa un estudi exhaustiu sobre la vida política, des de les dificultats per garantir una estabilitat en el govern de la Generalitat, fins a les crisis o discrepàncies que varen afectar a partits i organitzacions com la CNT o l'Esquerra Republicana, passant per la nova hegemonia del PSUC o per l'establiment a Barcelona del govern de la República i les discrepàncies que va mantenir amb la Generalitat. Sense oblidar aspectes de les relacions internacionals, en un moment en què un sector vinculat a l'Esquerra Republicana es va plantejar buscar un armistici per separat que portés a la independència de Catalunya. L'estudi entra en l'anàlisi de les reunions, dels articles de premsa, d'una manera completa i exhaustiva.

Més enllà de la política, però, la vida econòmica que va viure Catalunya també té en el llibre una presència significativa i José Luis Martín estudia tant l'actuació que va portar a terme la Conselleria d'Economia durant aquest període, com la municipalització de l'habitatge, que es va aprovar, justament, el mes de juny de 1937, els debats a l'entorn de la propietat de la terra, sense oblidar els problemes de subsistència que va conèixer la societat catalana en la mesura que la guerra s'apropava al territori.

Pocs són, –si bé n'hi ha alguns–, els temes que ha marginat José Luis Martín. Fins i tot dedica un capítol al nou funcionament de la justícia i de la repressió després dels fets de maig de 1937. Però, en canvi, a l'hora d'entrar en interpretacions dels esdeveniments i de jutjar actituds i interpretacions diferents a la seva no es reprimeix en cap cas. D'entrada es fa evident una actitud en general favorable a la política que va desenvolupar el Partit Socialista Unificat de Catalunya i clarament contrària al Partit Obrer d'Unificació Marxista i a la CNT.